

EL CONTINENTE AMERICANO

“AMERICA PARA LOS AMERICANOS”



DIRECTOR:—Daniel María Islas.

ADMINISTRADOR:—F. Argüelles.

REDACTORES:

Un grupo de Estudiantes Mexicanos.

AÑO I.

MEXICO, Octubre 20 de 1895.

NÚMERO 1.

PROGRAMA.

“AMERICA PARA LOS AMERICANOS.”

El rumbo que llevan las relaciones de los pueblos libres del Nuevo Mundo con las poderosas naciones europeas que vienen tratando de intervenir en asuntos de la exclusiva incumbencia de aquellos, ó queriendo usurpar territorios de la pertenencia de ellos, ó empeñándose en mantener bajo su dominio á poblaciones que los intereses de la civilización y de la libertad llevan directamente al goce de su absoluta soberanía, ha determinado en nuestros días el nacimiento de una verdadera necesidad, que se manifiesta por medio del ejercicio de un derecho tan sagrado como el de la legítima defensa ó de un principio tan noble como el principio magno de la propia conservación, á lo cual responde ya, tan digna como enérgicamente, el sentimiento unánime de los pueblos de América, que se consideran en el caso de unirse entre sí y de pugnar contra las absorbentes y dominadoras tendencias de los aludidos países europeos, que ya creían—al parecer—muerta la famosa “Doctrina de Monroe” y que, ensoberbecidos ante la relativa debilidad de las naciones hispano-americanas, se aprestaban á terminar el siglo XIX, dejando echadas las bases de una especie de conquista de la América Libre.....

Nos es muy difícil concebir á donde puede llegar este movimiento ambicioso y detentador que bien á las claras viene á demostrarnos que para algunos pueblos de Europa, no hay diferencias de ninguna clase entre la América y el Africa, entre las Antillas y Marruecos.

A combatir tal concepto venimos, con las humildes fuerzas de que podemos disponer; pero con la seguridad de que aportamos al empeño el contingente de una decidida voluntad, enérgicamente dispuesta á la constante defensa del derecho y de los intereses de América, enfrente de cualesquiera otros derechos é intereses, ninguno de los cuales consideramos superiores á los de los pueblos de este Continente, y menos desde que, al llegar á estos tiempos, vemos que parece desencadenarse del otro lado del Atlántico un malhadado espíritu de injusta predominación, contra estos pueblos, como si, al terminar este siglo, que presencié el nacimiento de nuestra li-

bertad, surgiese una ansia desapoderada de combatirla, ideal innoble que jamás habremos de condenar suficientemente.

Entendemos y aplicamos la frase “América para los americanos,” que constituye nuestro lema, en el sentido de que todos los pueblos del Nuevo Mundo tienen el derecho absoluto y perenne de gobernarse por sí mismos, con entera independencia de otro poder extraño, sea de la clase y procedencia que fuere, y particularmente si dicho poder fuese europeo, debiendo arreglar las Naciones Americanas todas sus diferencias y contiendas de modo pacífico y humano siempre, y condenando, por consiguiente, en todo caso, toda tentativa de usurpación, así como cualesquiera tendencias de dominación de unos pueblos americanos sobre otros, sin excepción alguna.

Y no quiere esto decir que dejemos de apreciar y de estimar cualesquiera relaciones de otro género con los demás pueblos del Mundo, y muy particularmente las del orden mercantil, en sus diversas manifestaciones. Apreciamos y estimamos, sobre todo, tales relaciones con los pueblos europeos, considerándolas necesarias, á tal punto que ansiamos su difusión y su mantenimiento, por conceptuarlas el factor principal, aunque no el único, de la civilización universal contemporánea, á cuyas exigencias legítimas no podemos, ni debemos, ni queremos, de ningún modo, substraernos.

Nada más tenemos que decir: *América para los americanos.* Y que venga el emigrante. Que venga de donde venga, con tal que venga á trabajar, al amparo de nuestras libres instituciones americanas. Que vengan al Nuevo mundo los hombres de buena voluntad, que aquí quieran vivir, al abrigo de nuestras leyes republicanas. Que venga el europeo, principalmente, como todos cuantos quieran venir, á engrandecerse y á engrandecer nuestros países. Pero que se abstenga de querer gobernarnos y de querer influir en nuestras cosas políticas, y sobre todo de apelar á su extraña nacionalidad para pretender una ú otra cosa: ya es hora de que cese esto. La soberanía de los pueblos de América no puede tolerar esa especie de tutela que algunos quieren creer que no acabó con la dominación colonial y que rechazamos duramente. La soberanía de los pueblos de América exige una política interna-

cional americana, hoy más definida que nunca, y mañana más y más definida que hoy. La soberanía de los pueblos de América es y será nuestro ideal supremo; y pedimos á todos cuantos convengan en él con nosotros, que nos presten su concurso, en defensa de cuanto se refiera al desinvolvemento de aquel.

La cuestión palpitante

y nuestra línea de conducta.

“Lo que es unión entre los buenos ciudadanos, es facción para los perversos.”
SALUSTIO.

Cuando últimamente el cable anunció que en la calma del movimiento se condensaron los vapores, se rarificaron los fluidos, se formó la nube, se hinchó el fuego, estalló la chispa, y rompió la actual tormenta revolucionaria de Cuba, una sacudida eléctrica conmovió el corazón de la raza americana, desde las más apartadas regiones del Septentrion hasta el Cabo de Hornos.

Como el aroma de los bosques que inevitablemente se difunde por el espacio, las ideas de libertad y de igualdad, proclamadas de nuevo por el grito vigoroso de Martí, que debía prestar legiones á la lucha, se esparcieron por el gran continente americano, repercutiendo y anidando allí donde late un corazón noble y generoso, y donde imperan los más rudimentales principios de humanidad, de civilización y de progreso.

España, ante ese grito que significa la voz del siglo, sintió espanto, tembló y se puso en pie

Pronto se celebraron en las principales ciudades de la patria de Washington y Franklin, *meetings* ruidosos, y expresivos veladas vocales é instrumentales, y grandes espectáculos públicos organizados por hermosas ladies; ricos gentlemen facilitaron y facilitan espontáneamente gruesas sumas de dinero para las expediciones; y senadores á la Cámara federal se levantan, consultando no el reconocimiento de la beligerancia, sino la independencia de la Gran Antilla.

La revolución hizo prosélitos, que se multiplicaron más y más.

Y fué entonces cuando, por hoy, un reducido grupo de estudiantes mexicanos, movidos por el ejemplo

y actitud de la vecina República y demás naciones centro y sud americanas, en un asunto de tan vital importancia, se congregaron para coadyuvar con su esfuerzo intelectual á la propagación de las ideas de independencia de Cuba, y fundar esta publicación.

La juventud estudiosa mexicana, en efecto, no podía tener la impasibilidad de la esfinge viendo á Napoleón cruzar el desierto en un camello, ante el inmenso clamoreo que levantan en América los estremecimientos belicosos de la emancipación cubana; comprendió que no puede, no debe, terminar el siglo XIX, sin que esa emancipación sea ya un hecho positivo y reconocido, siquiera porque al aparecer aquel en los tiempos—edades de la existencia—recibió la libertad tinta en sangre generosa, al pié del cadalso levantado á tantos héroes del sentimiento. Sabe que la revolución es una ley de la vida; ésta, la lucha y el movimiento, y ambas, la expresión de la vitalidad; que la paz—zozobra interna—no es mas que un modo, un estado transitorio, una especie de sueño reparador de las fuerzas vitales, porque los músculos, los nervios, el cerebro, reposan más ó menos tiempo; pero viene después el despertar vigoroso, henchido de actividad, de pasión y sentimiento; que París, cuando el sitio de 1649; Alemania, devastada por la guerra de treinta años, y aceptando la teoría presbiteriana como base del derecho público; Nápoles, pensando con terror en el triunfo de Mazaniello; Constantinopla, presenciando estremecida el estrangulamiento de Ibrahim por los genizaros; y Europa la decapitación del Estuardo, por la mano del cervecero Cromwell; necesitaron de la revolución, que palpitava en los espíritus, para venir á castigar, no á los reyes, hijos de sus tiempos, sino la corrupción de las ostumbres y los vicios de las instituciones.

Esa juventud simpatiza con la actual revolución cubana; pero, sabedora de que las leyes de la neutralidad se violan por hechos y no por opiniones manifestadas correcta y filosóficamente y en términos que no constituyan ofensa á una de las potencias beligerantes, no teme, ni provoca, las consecuencias de una violación, porque, al manifestar su simpatía en pro de la insurrección de Cuba y hacer las defensas del caso, esgrimirá como arma poderosa las páginas de la Historia, patri-